

domingo 9 de septiembre de 1979

Rito septembrino de la unidad

Miguel Angel Granados Chapa

Más allá de la bandera nueva que nos ha impuesto la verdadera vocación de la autoridad capitalina: verde, plata y rojo, en el abundante ornato callejero, septiembre es realmente el mes de la patria. No lo es sólo porque coinciden en él las celebraciones del comienzo y el final de la guerra de independencia, ni la del sacrificio frente al invasor estadounidense (que pareciera nuestra única posibilidad ante sus asedios); ni porque el Congreso inicie entonces sus anuales tareas. O porque Morelos haya nacido en un día final de este mes. O porque López Mateos haya escogido el 27 para consumir una segunda independencia, según cantaron los jilgueros de entonces a la reforma constitucional para encargar exclusivamente al Estado la generación de energía eléctrica.

Septiembre es en realidad el mes de la patria por la lectura del informe y por las muestras de solidaridad que genera y se expresan, conforme a reglas rituales de observancia inflexible, durante los días, las semanas siguientes. Toda la nación participante está representada en el recinto parlamentario — Cámara de Diputados o Palacio de las Bellas Artes — donde el Presidente más que informar — para que ese efecto se produzca en verdad es preciso acatar su constante recomendación de consultar los anexos — propone, busca, suscita u ordena

adhesiones, que consigue en todos los casos.

Ello se advierte no sólo en el propio día del informe, por las carretadas de aplausos y los multiplicados apretones de manos que en la salutación posterior, en Palacio, tiene lugar, sino en las reuniones de los días siguientes con las fuerzas vivas. Ora son las fuerzas armadas, ora los gobernadores; ya la dirigencia nacional del PRI, ya los empresarios; tan pronto la CNC como sus enemigos históricos, los latifundistas, entremezclados con los pequeños propietarios; y hasta los poderes que, como el judicial debieran mantenerse a prudente distancia del otro cuyos actos a menudo han de juzgar. También acude el movimiento obrero organizado, rápidamente amnésico de que sus peticiones no hayan sido siquiera mencionadas en el documento anual del Ejecutivo.

Ninguna fisura en el remozado edificio de la unidad nacional: acaso porque todos oyeron en el informe lo que quisieron oír, o fingen haberlo oído, o expresan su gana de que el año próximo lo harán, todos los sectores pasan lis-

ta de presente. No es preciso que renueven sus juramentos de fidelidad, ni que echen mano de una nueva retórica cada vez que acuden a presentar sus respetos al Presidente de la República. Basta la repetición de los lugares comunes, pues al fin lo que importa es la sustancia, es decir, su decisión de seguir "unidos en torno del señor Presidente".

Ese apoyo a la institución presidencial no se muestra sólo en audiencias y desayunos. La Cámara de Comercio de la Ciudad de México, por ejemplo, cumple años en estas fechas y pide al Ejecutivo que concelebre con sus dirigentes el fausto acontecimiento, como si el anuncio presidencial de reforzar los mecanismos penales contra el acaparamiento no concerniera a sus invitantes, ni estuvieran entre ellos algunos de los "abusivos de siempre" a quienes se refirió el propio López Portillo.

El rito septembrino de la unidad exige también que las líneas principales del informe sean seguidas y subrayadas por sus colaboradores. Ya que esta vez el aspecto más llamativo del

informe consistió en la crítica a los críticos, el secretario de Programación y Presupuesto dejó su reposado y reflexivo hablar de profesor universitario para fustigar a los daltónicos que no ven los números negros, sino los rojos, y ponen sus propios resentimientos y amarguras en el acto de enjuiciar las acciones gubernamentales.

Normalmente, las jolgorios de la unidad nacional terminan a tiempo de que se enciendan los juegos pirotécnicos y tañan las campanas de la libertad.

Este septiembre, sin embargo, finalizará con un viaje del presidente López Portillo a Washington y a Nueva York. En la capital estadounidense se encontrará por segunda vez en este año con su homólogo James Carter, a pesar de que se llegó a sugerir que el incidente diplomático provocado por Krueger habría puesto en riesgo el encuentro. Y en la sede de la ONU hablará del petróleo como responsabilidad de la humanidad, y no ya como patrimonio de ella, según una tesis inicial que provocó entusiastas frotamientos de manos de los países industriales, y que por fortuna ha sido rectificada.

Por ello, esta vez la fiesta durará más, hasta el principio de octubre. Luego habrá que encarar la realidad.